

TÚ PUEDES VENCER COMO CRISTO VENCÍÓ

Porque Cristo venció desde la misma posición en que tú estás ahora, en este mismo instante. No importa cuán bajo hayas caído, no importa cuántos años llevas siendo vencido por tal o cual tentación, que se ha transformado en un gigante como Goliat delante del cual te sientes derrotado y humillado como los israelitas que no se atrevían siquiera a enfrentarlo. Jesús es el David que enfrentó y venció a ese Goliat que te atormenta, te derrota y te humilla. Ese Goliat es ese pecado particular que tanto te molesta, te humilla y, lo que es peor, te hace pensar que para ti no hay esperanza, que nunca podrás vencer ese pecado. O esos pecados, con seguridad que no es uno solo, son varios los que te atormentan. Jesús los venció a todos, y lo que es más alentador: los venció desde la misma situación en que tú estás ahora, con las mismas debilidades y flaquezas que tú tienes ahora, con el mismo cerebro, las mismas neuronas y los mismos nervios que tú tienes ahora, en este preciso momento. Porque él “tomó nuestras flaquezas y cargó nuestras debilidades”, y eso lo hizo toda su vida, desde el pesebre hasta el Calvario. Porque Dios envió a su hijo al mundo “en semejanza de carne de pecado”, o sea con tu misma carne, tu misma sangre, tus mismos nervios, con todas tus mismas flaquezas. No necesitas temer por ninguna tentación que te asaltará de aquí en adelante: Cristo ya la enfrentó en tu mismísima condición, y Él puede venir en tu ayuda para volver a vencer en tu cuerpo de carne, en tu mente y en tus nervios hoy y ahora. Sólo necesita tu consentimiento. Si tú accedes a entregarle TODO TU SER, y a hacerlo ahora mismo, entonces él tomará cuenta de ti, morará en ti, por la fe que tú depositarás en él, y te hará más que vencedor. Porque Él ya sabe por experiencia propia lo que es revestirse de un cuerpo como el tuyo, sufrir todas las tentaciones como tú las sufres, y sabe el secreto para vencerlas. Él fue “tentado en todo según nuestra semejanza”.

La dificultad estriba en tu incredulidad. Si tú crees que ese pecado particular que tú tienes es imposible de vencer, si crees que no existe ningún poder en el universo capaz de ayudarte de manera decisiva y terminante, entonces así será: no podrás vencer. Pero si tan sólo te decides a creer en lo que la Palabra de Dios dice, de que Cristo en ti puede vencer, de que Cristo, morando en ti por la fe, es capaz de derrotar toda tentación que te sobrevenga de ahora en más, entonces verás que se puede ser más que vencedor por medio de aquel que nos amó tanto, y nos sigue amando hoy más que nunca.

Para vencer todo pecado, es necesario:

- 1. Tener paz con Dios.** Mediante la fe en Cristo como el Salvador que perdona todos tus pecados gracias a su preciosa sangre. Que hoy sigue siendo ofrecida en el Santuario por ti. Apresúrate a aceptar su oferta de paz, porque no será ofrecida mucho tiempo más. Pronto no habrá más Intercesor en el cielo, pronto no habrá más sangre en el santuario que se ofrezca por tus pecados, así que hazlo ahora mismo. “Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro 5:1). Entonces, eres salvo ya, estás reconciliado y unido con el Señor ahora mismo, por los más fuertes y tiernos lazos de amor que el Universo entero poseen. No puedes obedecer a Dios si no lo amas, y no puedes amarlo si no estás perdonado y reconciliado con él de todo corazón. Y para estar reconciliado, el primer paso es entregarte a Él y aceptar que te perdona y te recibe como a su hijo en este mismo instante. Porque la esencia de la ley de Dios es el amor, y si no lo amas, no puedes realmente obedecer ninguno de sus mandamientos. Y es imposible amarlo si no creemos que Él nos perdonó, si no creemos que Él nos da un abrazo y nos acepta como a sus hijos con todo amor ahora mismo, si tan sólo consentimos en entregarle nuestra vida. Necesitamos ser salvos para poder obedecerlo. Y tú puedes tener el privilegio de ser salvo ahora mismo, porque ahora él te llama y te ofrece todos sus tesoros de paz, amor, de su presencia viva y de la salvación por su gracia (Efesios 2: 10). Simplemente por la fe en Él. Cree, y será posible. “Tu fe te ha salvado”. Él te salvó, pero tu fe ha hecho posible la realidad en tu persona.
- 2. Descansar en la seguridad de que Él ya venció en la misma posición en que te encuentras ahora.** Es tu privilegio creer que Cristo en ti puede hacer el milagro de vencer todo pecado. No debes albergar temor ni dudas: Él ya venció desde la misma situación en que tú estás ahora, con todos tus problemas y debilidades que te agobian. Él ya se puso en tu lugar, y venció. No debes esperar a vencer alguna vez esa tentación terrible que nunca pudiste vencer, para recién entonces creer que se la puede vencer. Si haces eso, jamás la vencerás. Si esperas a ver para creer, entonces nunca verás ni creerás. Necesitas primero creer que Cristo es poderoso para vencerla la próxima vez que te aparezca, sí, creer que Él puede hacerlo en ti y por ti, y agradecerle porque lo hará, y descansar en esa bendita promesa. No esperes redimirte a ti mismo. Acepta que Cristo venció en tu lugar, en tus mismos zapatos, y alábalo de corazón. Eso te ayudará de manera decisiva. Destierra toda duda, aleja todo temor, expulsa toda ansiedad. Descansa en Cristo. Tu victoria depende de tu fe. De tu fe en Él, no en ti mismo. Nunca confíes en tu propia fuerza. Tú no puedes, ni nunca podrás solo. Si el diablo viene a decirte que eres absolutamente impotente para vencer las tentaciones al pecado, dile que sí, eso es verdad, pero entonces vuelve tus ojos a Jesús, que está aquí y ahora presente y a tu lado, tal como lo prometió hacer todos los días, hasta el fin del mundo, y cree que Él puede hacerlo en ti mediante su Santo y Poderoso Espíritu. Cree, no dudes. Si dudas, no será posible, pero si crees, “al que cree todo le es posible”. Recuerda que Cristo tomó tu mismísima naturaleza, y soportó absolutamente todas las tentaciones que te han venido y que te vendrán, y las venció con el arma poderosa de la misma fe que hoy tú puedes ejercer en Él. Aferrándote a las mismas promesa a las que Él se aferró, y enfrentando a la tentación de la misma manera en el Él las enfrentó: con el “Escrito está”.